

Las efemérides del 2000

EL 2000, con la magia propia de las cifras redondas, se inicia cuajado de **efemérides**, con su secuela de celebraciones –**Jubileo** incluido–, de obras de restauración de edificios y hasta de ciudades enteras, de evocaciones históricas y literarias en torno a nacimientos o defunciones –que todo vale con tal de recordar en números con uno o más ceros–, o incluso de campeonatos futbolísticos del Milenio. Para conjurar el riesgo de ser absorbidos por los fastos del 2000, conviene reflexionar en las motivaciones de tanta pasión festiva del primer mundo, en sus efectos y, sobre todo, en lo que significan en relación con nuestra posición privilegiada respecto del resto del planeta. Aunque la evocación festiva es inherente a la vida de los pueblos, incluso de los considerados **primitivos**, asociada al recuerdo de los héroes del pasado de la comunidad, a sus creencias y a sus ritos, lo que vemos en nuestro contexto tiene unas connotaciones específicas, asociadas a fenómenos y circunstancias actuales como el consumismo, la globalización, la cultura como espectáculo, las cada vez más agudas diferencias entre el Norte y el Sur y una gran dosis de superficialidad egoísta. Ante todo, cabe preguntarse si al fin las celebraciones sólo eran eso,

efemérides (del gr. ephémeros, que dura un solo día»), efímeras, sin trascendencia en otros aspectos más sustanciales que el festejo en sí, más allá del límite hacia el 2001. Para poder responder a esta pregunta, no está de más ver en qué medida los fastos del 1999 han aportado –o no– algún beneficio duradero para la sociedad.

1999: portal de celebraciones milenaristas

EN el año que acabamos, las efemérides se han prodigado dentro y fuera del territorio nacional, dando lugar a una intensa actividad cultural, turística y económica. Weimar, capital europea de la cultura, declarada además Patrimonio de la Humanidad, se unió a los festejos del 250 aniversario del nacimiento de Goethe. 1999 fue también el año de Johan Strauss, del que Austria recordó el centenario de su muerte con un fervor similar al de los aniversarios de Mozart o de Sissi; del pintor Van Dyck, que su ciudad, Amberes, evocó en su Museo de Bellas Artes en el 400 aniversario de su muerte; de Balzac –200 años de su nacimiento– al que Francia dedicó grandilocuentes manifestaciones de recuerdo casi fetichista en todas las ciudades en las que el escritor posó su planta o escribió algunos párrafos de su dilatada obra. Polonia recordó a Chopin, a los 150 años de su desaparición; y Suecia, a su escritor August Strindberg, en idéntica cifra pero de su natalicio. El año Velázquez –400 años de su nacimiento– ha estimulado la culminación de una parte de las reformas de El Prado, dio lugar a exposiciones en Sevilla y en Bonn y a una polémica casi morbosa sobre la identificación de sus restos mortales. El Año Santo Compostelano devolvió a la ruta jacobea, a los pueblos y ciudades que se sitúan en su vera y, sobre todo, a la comunidad gallega y a Santiago, una

vitalidad y un dinamismo nunca vistos. El reclamo del último Año Santo del Milenio ha funcionado. La afluencia de peregrinos, empujados por muy diversas motivaciones, desde las sinceramente religiosas hasta las definitivamente paganas –lejos de todo recogimiento espiritual– de «vivir el ambientazo», determinó que la actividad turística reportara pingües beneficios: más de cinco millones de visitantes, con un gasto medio de diecinueve mil pesetas/día, según el Instituto Gallego de Estadística.

Las celebraciones del 2000

EL 2000, como puerta al nuevo milenio –que en realidad, será en el límite con el 2001, por simple razón de secuencia numérica– intensifica la fiebre evocadora. Alemania celebra los 250 años de la muerte de Juan Sebastián Bach, con el protagonismo de Leipzig y la zona de Turingia; y recuerda a Carlos V de Alemania y I de España, en el V centenario de su nacimiento. Se anuncia la Exposición Internacional **Carolus**, en Bonn, sobre la vida durante su reinado, con participación del Museo de Gante, del Kunsthistorisches Museum de Viena, de la Kunsthalle de Bonn y del Museo de Santa Cruz de Toledo. En España se ha creado **ad hoc** una **Comisión para los centenarios de Felipe I y Carlos V**, abierta a propuestas editoriales y artísticas. Praga y Aviñón son Capitales de la Cultura del 2000; y Holanda trabaja en la organización del Campeonato Europeo de Fútbol del 2000. Sí, el deporte rey parece merecer también su cuota de fasto especial milenarista. Todos nos preparamos para el 2000, pero algunos trabajan frenéticamente desde hace años con este objetivo. Nueva York y París, para los festejos de Noche Vieja con las espectaculares propuestas que hemos visto; Nueva

*Zelanda, aprovechando su prioridad horaria, para recibir a los turistas más excéntricos y de recursos de todo el mundo en el alba del 2000. El símbolo de la efemérides que hace honor a su etimología es la construcción en Londres de la gigantesca rueda y del proyecto **The Dome**, todo un símbolo visual, voluntariamente percedero, del nuevo milenio. Roma parece ser la que más trabajos ha afrontado para restaurar muchos de los edificios de su centro histórico, para mejorar pavimentos y servicios públicos; y los romanos soportan desde hace años andamios, vigas, grúas, etc. con estoica resignación. A lo largo del año se espera que la Ciudad Eterna sea visitada por más de treinta millones de fieles y turistas con motivo del Jubileo. Los ecos de tanta reforma se dejan sentir en las ciudades cercanas: Asís, Padua, Loreto, Florencia... Algo similar ocurre con todos los lugares bíblicos, que se verán desbordados por millones de fieles y de no tan fieles: Israel, Turquía...*

EL Papa Juan Pablo II, en un mensaje dirigido a los obispos, hizo una exhortación al «Jubileo, que celebra los 2.000 años de la entrada en el tiempo del Hijo de Dios y el misterio de la redención, incita a cada creyente a considerar su propia vocación personal». Con el precedente del Jubileo de los judíos que se anunciaba con el yobel (**cuerno**), punto y aparte para volver a encontrar las razones profundas de ser el pueblo de Dios, para recuperar la energía auténtica en las fuentes del Señor de la vida, nuestro Jubileo Cristiano fue instituido por el Papa Bonifacio VIII en 1300. Una peregrinación a Roma, a la tumba de Pedro, con espíritu de conversión sincera, por el perdón extraordinario de Dios y por la concesión de la Indulgencia, permitiría al cristiano arreglar el desorden provocado por el pecado y volver a la armonía espiritual recibida en el Bautismo.

En el año 1425, el Papa Martín V estableció el Jubileo cada veinticinco años. Pero la larga marcha jubilar a Roma fue una realidad desde tiempos de los primeros cristianos: para los renegados que deseaban ser readmitidos en la comunidad de los fieles por los confesores de la fe (los que habían sobrevivido a las torturas), las peregrinaciones eran el signo visible de su voluntad de renovación espiritual, para volver a vivir la propia vida en armonía.

En busca del sentido

PREGUNTARSE por el sentido de las efemérides puede parecer a sus promotores un verdadero contrasentido: las fundamentarán de modo inmediato con lo evocado, y, de manera mediata, con fines culturales o religiosos según el caso. Pero de verdad los millones de peregrinos que se desplazarán a lo largo del año en los modernos medios de comunicación hacia Roma ¿lo harán con un sentido similar al de los primeros cristianos, o con motivaciones tan mundanas como las que sugieren las celebraciones de efemérides paganas? A la vista del ritualismo intrascendente y exterior que, con demasiada frecuencia, pudimos ver por ejemplo en muchos de los visitantes de Santiago en este año, la respuesta será negativa. No cabe duda de que el peregrino que hace el camino con verdadera convicción religiosa y espiritual, en un afán de renovación interior sincera y contrita, existe y existirá; pero nos tememos que serán los menos, en esta sociedad secularizada en la que vivimos.

Puesto que la cultura es el centro del mayor número de celebraciones, cabe preguntarse si, en definitiva, se ha conseguido, al cabo de las mismas, el beneficio de la difusión cultural para todos. Después de tantas

exposiciones, espectáculos musicales o teatrales, ¿sabemos más?, ¿somos mejores?, ¿hemos captado la dimensión trascendente de lo evocado? Algo puede quedar, pero estas manifestaciones culturales concebidas por y para las masas, a las que se busca atraer desde la espectacularidad, no son garantía de verdadera difusión cultural: más bien proporcionan al receptor una cultura de fino barniz, con una marcada tendencia a volatilizarse, que pasará al desván de la memoria muy pronto, por obra de la instantánea atracción de la fecha que sigue en el calendario de festejos. La pérdida de sentido, el fragmentarismo y la inmediatez de la posmodernidad están presentes en muchas de las actitudes de los jubilosos celebrantes.

OBJETIVOS no confesados, pero siempre presentes, son los de carácter económico. La festividad como motor económico de una comunidad —generadora de empleo, estímulo para las inversiones, rentabilidad de infraestructuras duraderas, necesarias desde siempre pero cubiertas sólo con ocasión de los fastos que vienen— es un aspecto positivo de las **efemérides**. Y es también demostración palpable del valor económico de lo cultural. El dinero público destinado a estas inversiones es dinero bien invertido, siempre que, con la excusa de la celebración, no surjan los gastos desmesurados, las comisiones, el medro personal de los aprovechados que nunca faltan y que, desde la proximidad del poder y con especial habilidad, saben quedarse con la mejor porción del pastel. Magnos acontecimientos festivos de nuestra historia reciente como las Olimpiadas de Barcelona 92, o más aún, la Exposición Universal de Sevilla del mismo año, han sido pródigos en ejemplos de esta naturaleza; y lo único que de positivo ha perdurado después de los fastos son las infraestructuras necesarias y útiles —insistimos en la

utilidad, porque Sevilla, por ejemplo, tiene desde entonces también construcciones costosísimas sin sentido— para las ciudades y las comunidades respectivas e incluso para el Estado entero. Si se aprovechan los festejos como motores de crecimiento real y duradero, sean bienvenidos. Ahora bien, para poder definir con certeza las reales dimensiones de este beneficio, deberíamos aquilatar la relación entre el debe y el haber. Y las cuentas no siempre se nos ofrecen de modo claro.

***A modo de conclusión:
por un Jubileo 2000 con sentido***

NUESTRAS evocaciones festivas tienen el inconfundible aspecto de la abundancia lujosa propia del Primer Mundo. Para quienes proceden del de la pobreza, el desmedido despliegue de recursos utilizados en la evocación efímera de un individuo desaparecido—por muy escritor, pintor o músico famoso que haya sido— resulta, por lo menos, chocante. Consumimos actos, espectáculos, exposiciones y recitales con fruición y sin medida. Si el brillo festivo no ha deslumbrado hasta engeguercer nuestra sensibilidad, nos dolerán los miles de millones que se destinan a las efemérides de nuestro hábitat de privilegio frente a la injusta distribución de la riqueza de este mundo, que se agudiza cada año: en 1960, la quinta parte de la población de los países ricos era 30 veces más rica que el quinto de la población de los pobres; actualmente, la proporción es de 74/1. Naturalmente están mejor empleados que los casi setecientos millones de dólares de gasto militar, por ejemplo, de 1998; pero nos avergüenza la rumbosidad festiva cuando vemos en nuestro mismo planeta la pobreza extrema de más de mil millones de personas que sobreviven con sólo 225 pesetas al día, según reconoce el

propio Banco Mundial. Para colmo, la globalización hoy permite que a ese mundo en tinieblas le lleguen nuestros luminosos destellos festivos, que dañan sus ojos y su corazón.

NUESTRO júbilo festivo sería más auténtico y espiritual si hiciéramos por los más necesitados lo que ética y humanamente corresponde: la efectiva y total –no parcial o sólo de palabra– atención a la demanda del 0,7 por 100; la **condonación** de la deuda externa de los países pobres –2,2 billones de dólares– sobradamente saldada (lo confirman el CELAM y el Tribunal de la Deuda reunido en Río el pasado abril) no sólo por los intereses en continuo crecimiento devengados– los países de América Latina y del Caribe pagaron, por ejemplo, durante 1999 y sólo en concepto de intereses por lo adeudado, más de 19 billones de pesetas–, sino también por el altísimo costo de pobreza y de muerte sufrido por los pueblos endeudados.

Reconversión de la deuda en programas de desarrollo social, educativo y sanitario; apertura comercial real del Norte a los productos agrícolas del Sur, serían formas jubilares mucho más duraderas, más útiles y más positivas, no meros parches para calmar nuestra conciencia colectiva. La verdadera celebración partiría del alma y llegaría al alma, nos nutriría espiritualmente y proporcionaría alimento, educación y bienestar al hermano necesitado. No pretendemos ser aguafiestas; pero de nada servirán los esfuerzos peregrinos si no vivimos el **Jubileo 2000** de la ayuda al necesitado. Existen varias propuestas en este sentido, promovidas por organizaciones no gubernamentales y por la Iglesia; pero falta mucho para que las entidades financieras y los organismos públicos y privados correspondientes las acepten. Menos superficialidad festiva y más ayuda comprometida es lo que nos demanda la realidad. La pobreza que mata a

treinta y cinco mil niños al día en el Sur exige una respuesta urgente de los órganos de poder del Norte. El 2000 sería así, de verdad, el portal que nos condujera a una nueva vida, que nos renovara y mejorara, con un sentido enriquecedor... Cuando el hombre pierde el referente espiritual, sagrado, como bien dice Mircea Eliade, cae en la mitificación de lo profano: el culto a las personalidades, a las cifras redondas, a los objetos y hechos del pasado. Quizás, el primer paso para esta renovadora celebración jubilar sea precisamente tomar conciencia –y distancia– ante esta preferencia nuestra tan generalizada por lo efímero. No perdamos la oportunidad del auténtico Jubileo.